


# EL ESPÍRITU DEL LINCE

JAVIER PELLICER

EL ESPÍRITU  
DEL LINCE



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta:  Calderonstudio®

Primera edición: mayo de 2022

© Javier Pellicer, 2012, 2022  
© de la presente edición: Edhasa, 2022  
Diputación, 262, 2.º1.ª  
08007 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

ISBN: 978-84-350-6397-5

Impreso en Barcelona por: CPI Black Print

Depósito legal: B 6798-2022

Impreso en España

A Carmen y Antonio. Os echo de menos.

## Prólogo

El humo de las hogueras de Arse se eleva a mis espaldas. Ensordecedor estruendo: acero contra acero, bravura contra dolor, muerte sobre vida. Visión escalofriante: un tapiz de cadáveres sobre el suelo, ladrones de la blanca pureza de las losas. Odioso hedor: a sangre encharcada y a esfínteres vencidos por el miedo.

Pero para mí no existe nada más que aquellos ojos penetrantes, atentos a los míos: la mirada de mi enemigo. Un rival de tal estirpe que engrandece mi hazaña: Aníbal Barca, el Conquistador, Estratega de Cartago. El mayor héroe de su patria; poseedor, dicen algunos, del espíritu flamígero de su dios Baal. Aníbal el León.

Derrotado.

Y ni aun así humilla el rostro. Tiene el torso recto, los hombros elevados y el pecho hinchado. Tal vez haya derrotado el cuerpo, pero su espíritu sigue indomable. Tienes mi respeto, pero no mi compasión, pienso. No puedo mostrarle piedad, no después del angustioso sendero que me ha llevado hasta este momento. Debo apagar su vida para convertir su destino en el mío: ser leyenda.

Iberia derrotará a Cartago. Iberia tendrá un futuro.

Grito mi nombre en honor a la sangre que corre por mis venas, al pueblo que me ha convertido en hombre: Icorbeles, el Edetano, a quien muchos han llamado Hijo de Iberia. Siento que todas las penurias han merecido la pena, que cada sacrificio, incluso aquel por el cual perdí mi corazón, ha servido para llegar a tan grandioso instante.

Alzo el brazo y me preparo para descargar el golpe que cambiará el curso de la Historia.

# Capítulo 1

Pero es bueno comenzar una narración por el principio, nunca por el final. El camino que me condujo al momento más trascendental de mi vida comenzó muchos años antes.

Cuando los primeros colonos pusieron sus pies en la península donde se asienta mi hogar, se encontraron con una tierra montañosa, poblada de grandes arboledas y ríos caudalosos. Su llegada significó el descubrimiento de ciencias y excelencias que jamás hubiésemos imaginado, a no ser que transcurrieran muchos años. Y, entre tanta sabiduría, otorgaron nuevos nombres a las regiones bañadas por el Mar Interior: Hispania para los fenicios, los mejores comerciantes que habían surcado las aguas; e Iberia para los griegos, forjadores del pensamiento y el arte. Si bien, aunque con el tiempo aceptamos dichas denominaciones, las utilizábamos con escaso apego. Ante todo nos considerábamos edetanos, contestanos, bastetanos...

Mi padre fue Icortas, señor del caserío de Etemiltir, una fortaleza agrícola supeditada a Edeta, la ciudad que daba nombre a nuestra etnia: Edetania, comprendida entre los ríos Sicana, al sur, y Udiva, al norte. Por el oeste nos protegía la cordillera de Idúbeda, y por el este... el mar grandioso, esa frontera que siempre nos había parecido infranqueable. El paisaje era hermoso a su modo: hondos valles y abruptas montañas, escarbadas por manos titánicas e impacientes, caminos de tierra blanca y pedregosa, bosques de verde seco, ríos perezosos en estío, impetuosos durante la temporada de lluvias... Sin embargo, no éramos un país como otros de los que he oído hablar. Aunque

nos unía una cultura común, cada ciudad era dueña de su gobierno, así como el de sus asentamientos y poblados cercanos. No obstante, en tiempos de crisis, las urbes podían formar alianzas si la relación era buena.

Nuestro pueblo era el más culto y refinado de toda Iberia, por mucho que los turdetanos se empeñaran en pregonar su linaje tartésico. Las artes que practicábamos eran admiradas por los comerciantes de allende el mar e incluso por otros pueblos íberos. La cerámica de torno de nuestros alfares, en la que plasmábamos nuestras grandes ceremonias, poco tenía que envidiar a la exquisitez de las vasijas púnicas o griegas.

Icortas era el hijo del caudillo de Saití. Y Aretaunin, la hacedora de mis días, la primogénita de Irbeles, el rey de Edeta, y hermana de Edecón. Ella tenía catorce años cuando recibió la dote de mi padre: un exquisito surtido de las mejores prendas de lino tejidas en la ciudad contestana, famosa por su producción textil. Unas semanas más tarde, se casaron. Por fortuna, aprendieron a amarse muy pronto.

El regalo del abuelo Irbeles fue una pequeña región al noroeste de Edeta, no muy lejos de la capital; un paraje quebrado por collados, barrancos, cañadas de pinos y arbustos de tono verde oliváceo. Mi padre sacrificó tres ovejas para alentar prosperidad en su nueva vida, una generosa ofrenda que fue enterrada en los cimientos del caserío amurallado que sería nuestra casa. Los campos, de suelo seco aunque fértil para la vid y otros cultivos, estaban situados en terrazas ganadas a los montes. Serían trabajados por las familias que siguieron a mi padre desde Saití en calidad de clientes dependientes.

\* \* \*

Mi llegada al mundo se produjo un año después del casamiento, y estuvo rodeada de fenómenos intrigantes y señales prodigiosas. A fuerza de escuchar la narración de boca de mis padres,

tengo una imagen nítida de cada detalle que acompañó a mi alumbramiento, a semejanza de alguien que lo hubiese estado observando.

Nací en el crepúsculo de una jornada de cuarto creciente, a la luz de una lámpara de barro, sin dar un solo berrido. Al principio creyeron que estaba muerto, pero cuando me dieron dos azotes balbuceé y abrí los ojos con calma.

–Icorbeles... –suspiró mi madre, agotada por el esfuerzo.

La cuestión de mi nombre ni siquiera había sido discutida. Entre los edetanos y otros pueblos íberos existía la tradición de que los niños heredaran el nombre de sus abuelos maternos. Mi madre sólo se permitió una pequeña variación en mi caso.

–Así sea –asintió mi progenitor, mientras me alzaba por primera vez con una enorme sonrisa en los labios–. Inundarás de alegría mi corazón, primogénito.

Poco después, Argitiker, el capataz del caserío, entró en la habitación con los ojos desencajados y el rostro lleno de asombro.

–Mi señor Icortas, debéis asomaros a la ventana.

Mi padre torció el gesto con cierto malhumor.

–¿Qué es tan importante como para que tenga que interrumpir este momento de felicidad, Argitiker?

–El cielo... ¡Algo le está sucediendo!

Desconcertado, mi padre se acercó a la ventana, abrió los postigos y miró hacia arriba, a un firmamento al que poco le faltaba para quedar completamente velado por la noche. Se frotó los ojos ante la inconcebible visión: una tras otra, pequeñas estrellas caían del cielo, rasgando el velo oscuro en una lluvia titilante que se perdía más allá de la vista. Parecían gotas de luz que, fugaces, desaparecían por detrás de las montañas. Los hombres y mujeres del caserío observaban desde la plazoleta. Algunas madres sujetaban a sus hijos, atemorizadas por el fenómeno. Todos se preguntaban si aquello era un buen augurio o la más terrible de las maldiciones.



–Acercadme a la ventana –pidió mi madre.

Con la ayuda de Argitiker, arrastraron la cama hasta la abertura. Los ojos de mi madre brillaron de emoción al contemplar el hermoso prodigio. Lo supo desde el primer momento. Era una señal que marcaba mi grandeza. Me levantó un poco para que yo pudiera observar el fenómeno.

–¿Lo ves, Icorbeles? Esa lluvia tan bonita es por ti, mi pequeño. Serás alguien grande, alguien importante.

Mi padre asintió con la cabeza, dando por buena tal intuición. Las palabras de una mujer siempre son respetadas. Los íberos tenemos en gran consideración a la figura femenina por su condición de creadora de vida. ¿Es que existe algo más grande que parir a un hijo?

\* \* \*

La lluvia de estrellas se prolongó durante casi una hora. Pero las sorpresas apenas habían empezado. Urcetices, el encargado de la guardia, nos anunció que un grupo de viajeros solicitaba audiencia con mi padre en el portón del caserío.

–Son cuatro hombres armados y una mujer con los hábitos de sacerdotisa.

Puedo imaginar la expresión de asombro de mi padre, tal vez más profunda que la que le había provocado el portentoso celeste. La presencia de una sacerdotisa en un paraje tan escondido rivalizaba con cualquier acontecimiento. Nuestras mujeres sagradas son personalidades tan insignes que rara vez se apartan de sus santuarios.

Llegados a este punto, quizá sea apropiado un apunte sobre nuestra religión, pues entiendo que estas memorias serán leídas cuando el recuerdo de mi pueblo se haya desvanecido.

Los íberos no creemos en decenas de dioses como los griegos y los romanos. Para nosotros, la divinidad está presente en el mundo que nos rodea: bestias, árboles, montañas,

ríos, el sol, la luna... La vida, en toda su extensión. La Gran Madre. La Madre Tierra. Nuestras deidades, si se las puede llamar así, son el toro, por su vitalidad; el lince, enlace con los espíritus de los antepasados, el caballo, símbolo de la nobleza, y el lobo, que personifica nuestro carácter indomable. Las fuerzas de la naturaleza y los espíritus de nuestros ancestros nos apoyan o nos rechazan, nos alientan o nos ponen trabas, nos marcan el camino a seguir. Sin embargo, aceptamos que son nuestros pies los que deben dar los pasos. Nuestros actos nos definen.

Las sacerdotisas nos representan ante dichas presencias. Siempre son mujeres, pues su enlace con la vida es más firme. Se requiere también sabiduría y una completa entrega al ejercicio de sus funciones. Estas siervas devotas renuncian incluso a su propio nombre: se convierten en madre, esposa, hermana e hija de todo aquel que es leal a las creencias íberas. Sus ropajes son adecuados a tal distinción: visten una túnica azul de exquisito lino y una mantilla carmesí sobre el pecho; por encima suelen portar un grueso manto marrón, como protección ante las inclemencias del tiempo; sus adornos son muy llamativos, pues además de las joyas en forma de collares lucen dos grandes rodela laterales sobre el tocado de la cabeza, sujetas a una tira afianzada a la frente gracias a unas finas cadenas.

Mi padre recibió a la sacerdotisa con grandes honores, como correspondía. La mujer, que parecía más anciana que las montañas, venía de la ciudad sureña de Ilici, en pleno territorio contestano, a muchos días de marcha. Aunque estaba agotada por el viaje, no aceptó la hospitalidad de mi padre sin antes nombrar el motivo de su presencia en Etemiltir.

—Hace varias semanas tuve una visión en la que se me anunciaba el nacimiento de un elegido de los Antepasados —explicó, mientras los sirvientes de mi padre le ofrecían un caldo caliente—. Los espíritus me dijeron que debía partir al norte de inmediato, y sólo detenerme cuando la señal se manifestara.

–La lluvia de estrellas... –apuntó mi padre, con tono solemne.

–Así es. ¿Es aquí donde encontraré a quien busco? –preguntó la mujer.

¡Cortas no habría dudado al responder, pues para los íberos resulta impensable mentir a una sacerdotisa. Pero antes de que sus labios hablaran de nuevo, se alzó un berrido desde los aposentos de mi madre. Yo mismo me anuncié.

Condujo a la mujer hasta la habitación, donde mi madre me amamantaba por primera vez. Aretaunin la miró con gran respeto, pero la sacerdotisa apenas reparó en ella. Su destino no era atender a la joven madre, sino al hijo. Sin pedir permiso –su posición social se lo permitía–, me tomó en brazos y me examinó con gestos inquisitivos. Supongo que buscaba alguna señal que me identificara como el protagonista de su visión. No me observaba como a un niño recién nacido, sino como el motivo del trabajo más importante que jamás afrontaría. Me inspeccionó concienzudamente, pero no halló en mí más que piel blanca.

–Hay que someterlo a una prueba –dijo, tras meditar un momento.

Mi padre, que jamás habría osado contradecirla en circunstancias normales, no pudo evitar replicar.

–¿Qué tipo de prueba?

–De reconocimiento –respondió–. No hay señales que me indiquen que éste es el niño que busco.

–¿Acaso no basta con la lluvia de estrellas? –arrugó la nariz.

–No. El fenómeno celeste abarca una gran región del firmamento. Podría deberse al nacimiento de cualquier otro niño. Si me detuve aquí fue porque era el lugar habitado más cercano cuando comenzó. Así pues, el niño debe pasar por la prueba. Me lo entregarás para que lo deje en el bosque, donde permanecerá hasta que amanezca. –Mi madre lanzó un gemido–. Si sobrevive al frío de la noche y a los animales, será la señal de su grandeza.

Icortas se frotó el rostro con la esperanza de que todo fuera un mal sueño. Pero al apartar las manos nada había cambiado.

–Se trata de una injusticia –replicó, tratando de sonar respetuoso a pesar de su creciente enojo–. Si el niño no resultara ser ese elegido, nos habrías arrebatado a nuestro hijo.

–¿Acaso contradices la voz de los Antepasados? –A pesar de que mi padre había mostrado sin reparos su disconformidad, la mujer no parecía enfadada... todavía–. Tu esposa es joven, puede darte otros retoños. Sea como sea, es mi dictamen, y no puedes oponerte a él sin sumirte en el total desprestigio.

Desesperado, buscó con la mirada a mi madre. Ella nunca olvidaría lo que vio en sus ojos: un amor absoluto. Una palabra suya habría bastado para que se enfrentara a la sacerdotisa, un delito que habría supuesto su inapelable ejecución. Aretaunin solía decir que aquél fue el día en que se enamoró de su esposo. Si aceptó entregarme a la sacerdotisa fue sólo para que él no cayera en desgracia.

La mujer me tomó sin atender al angustioso llanto de mi madre y me llevó con ella. Los habitantes del caserío la vieron salir por el portón y adentrarse en el bosquecillo cercano. Volvió poco después, sola. Mi padre tuvo que tragarse la rabia. Si no hubiera sido por las leyes, estoy seguro de que la habría arrojado por encima de los murallones y habría marchado a buscarme. Pero aquélla era una prueba tanto para mí como para él.

Fue una noche muy larga. Los escoltas de la sacerdotisa se turnaron para vigilar el portón en previsión de que alguien pretendiera salir a recogerme. Con las primeras luces, mi padre fue el primero en salir del caserío. Siempre lo he visto como un hombre dueño de sus actos e impulsos, pero aquel día estaba tan exaltado que se lanzó a la carrera, cruzando la maleza sin saber siquiera hacia dónde dirigirse. No tuvo más remedio que esperar a la sibila y seguir su paso cansino, que no hizo más que aumentar su crispación.

Al fin llegaron a un pequeño claro. Allí, iluminado por un mañanero haz de luz, estaba yo, sobre el mismo tocón en el que me había dejado la mujer. Supieron de inmediato que estaba vivo porque movía los bracitos y las piernas. Pero lo más sorprendente fue que, junto al muñón, había un magnífico linco de pelaje leonado. Estaba recostado en el suelo, en actitud calmada pero vigilante, atento a la diminuta criatura rosada. Cuando advirtió a mi padre y a la sacerdotisa no reaccionó con agresividad; se levantó, se desperezó y luego se acercó a mí. Mi padre estuvo a punto de lanzarse contra el felino, pero la sacerdotisa lo retuvo del brazo el tiempo suficiente para que ambos comprobaran las intenciones del linco. La bestia me lamió como lo haría con una de sus crías. Luego alzó la mirada hacia I cortas un momento antes de saltar hacia los matorrales y perderse.

A partir de ese día, mi familia adoptó el emblema del linco: mi protector.

La sacerdotisa volvió a examinarme, pero esta vez concluyó la tarea con una sonrisa que cuarteó aún más su rostro.

—Ha superado la prueba —afirmó—. La Madre Tierra lo ha ungido con su bendición. Lo ha nombrado Elegido y los Antepasados han dado su aprobación. Toma a tu vástago, I cortas. Y edúcalo bien, porque es tu responsabilidad convertirlo en aquello para lo que ha sido marcado. Será un gran hombre, los frutos de su trabajo permanecerán grabados en la memoria del mundo durante eras. Poco más puedo decir, pues sólo el tiempo alumbrará la meta de su camino. Mi tarea era anunciarlo, y así lo he hecho.

Tal como llegó, así se fue. Nunca más volvimos a verla, pero su fugaz paso por mi vida me dejó dos certezas: un destino grandioso y una carga insoportable.

## Capítulo 2

A pesar de la enorme responsabilidad que la sacerdotisa había descargado sobre nosotros, mis dos primeros años de vida transcurrieron como cabría esperar en cualquier niño común. La vida en Etemiltir era maravillosa, y los problemas del mundo parecían estar muy lejos.

Más allá de las aguas del Mar Interior se libraba desde hacía años una gran guerra entre los dos poderes militares de nuestro tiempo: la magnífica Cartago y Roma, una potencia en ciernes. Un conflicto que decía mucho de la naturaleza humana, apuntaría yo, pues ambos pueblos habían sido aliados dos décadas antes contra un enemigo común: Pirro, rey de Epiro. Pero la desconfianza de Roma hacia Cartago, que ambicionaba controlar la cercana Sicilia, y las ansias expansionistas de los peninsulares hicieron estallar el conflicto.

Mientras tanto, en Iberia sólo sabíamos de estos asuntos gracias a los mercaderes griegos y púnicos. No podíamos imaginar que, a no mucho tardar, nos veríamos involucrados en los vaivenes orientales.

\* \* \*

El caserío fortificado de mi padre estaba situado sobre un cerro poco elevado. Un camino enlosado subía desde la base del promontorio hasta el recio portón de la entrada. Las murallas no eran muy altas; no contábamos con torres vigías, pues el enclave era una explotación agrícola.

Tras la puerta principal comenzaba la única calle del caserío, lo bastante ancha para permitir el paso de dos carros emparejados. La vía giraba casi de inmediato a la derecha hasta llegar a una plazoleta, donde se reunía la comunidad en los momentos lúdicos. A la izquierda quedaba el primer bloque de edificios en el que se hallaban la despensa principal, un taller de carpintería y herrería, un granero con varios silos enterrados, una pequeña forja, un establo, una porqueriza, un espacio para la molienda, una bodega y una almazara, entre otros.

Al otro lado de la plazoleta estaba la vivienda de mi familia. Era una casa muy grande, mejor decorada que el resto de edificios a pesar de que también estaba construida con adobe. La parte principal tenía dos plantas muy espaciosas, además del sótano. Anexionados, siguiendo la calle hacia el interior del complejo, había otros departamentos, entre ellos el telar de mi madre y un pequeño templo privado. La distribución del enclave se completaba con las viviendas de los trabajadores, mucho más pequeñas que la mía. Cada una estaba habitada por sendas familias. Aún hoy en día guardo en mi memoria, con total claridad, sensaciones como el sonido de los molinos de mano al triturar el grano, o el característico olor a fermento que se respiraba en la calle cuando hacían el queso. Para otros sería molesto, pero yo crecí con él y llegué a apreciarlo como un recuerdo hermoso de la niñez.

La vida en Etemiltir giraba en torno al trabajo en los campos colindantes al promontorio. La clientela era un pacto típico que se ejercía entre los jefes aristócratas y las familias de posición social más baja. A cambio de sustento, cobijo y protección, los clientes aportaban espaldas fuertes para las faenas y, en los días de guerra, brazos fornidos para manejar las lanzas. A diferencia de la esclavitud, esta relación era libre y voluntaria. Su fortaleza era tal que los hombres de un patrono entregaban su vida por él sin dudar, e incluso se suicidaban para seguirlo más allá de la muerte. Esta práctica extrema era conocida como «Devoción».

Mientras tanto, mi familia gozaba de libertad para dedicarse a otras cosas. Icortas administraba las cuentas y se relacionaba con los mercaderes interesados en nuestros productos. Además, dedicaba mucho tiempo a practicar el arte del combate. La mayor parte del orgullo de un íbero se sustenta en su habilidad con las armas.

Por su parte, mi madre revisaba las tareas domésticas de la finca: la organización de las labores del campo, el almacenamiento y revisión de los productos... Su permiso era indispensable para cualquier tarea relacionada con la comunidad.

Aunque, si guardo en mi memoria una imagen, es la de Aretaunin hilando en su telar. Durante mi infancia y juventud jamás vestí túnica o sayo que no hubiera tejido ella, e incluso ya de adulto busqué siempre la calidez y el cariño que volcaba en sus prendas. Recuerdo que me quedaba largas horas viéndola tejer, ensimismado por la ligereza con la que pulsaba las hebras. Quizá fuera mi amor de hijo, pero cuando la contemplaba me parecía que estaba rodeada por un halo hermoso que olía a lino, tinte y cuerda de telar. Su belleza no era cristalina y frágil, sino fuerte. Su corazón, como el de todos los íberos, era apasionado, cálido y generoso. La amaba mucho.

Entre los habitantes del caserío todos conocían la marca con la que mi familia había sido ungida. Su trato hacia mí era tan considerado como se esperaba por ser el hijo de su señor. Sin embargo, conforme fui adquiriendo conciencia de mi entorno, comprendí que me miraban con un respeto tan exagerado que era imposible cualquier relación de verdadero apego. No tuve amigos durante mis primeros años de vida, aunque el cariño de mis padres alivió esta carencia.

Advierto que no estoy siendo justo. En realidad, sí tuve un maravilloso compañero de aventuras. Apenas había cumplido un año cuando mi abuelo me trajo el mejor regalo que jamás me hicieron: un cachorro de perro de aguas. Carbón, lo llamamos, pues era oscuro y a la vez cálido. Fue un amigo mag-



nífico desde el primer día, casi un hermano, pues crecimos al unísono. Era cariñoso y observador, de tamaño mediano y recubierto de un pelo largo, rizado y lanoso. Sus ojillos, diminutos pero muy inteligentes, quedaban ocultos en la distancia por el cabello que le caía por la frente. Tal era la devoción que me mostraba que jamás se separaba de mi lado. Su natural alegría acentuó la mía: siempre estaba dispuesto al juego, a los saltos, las carreras y los revolcones en el barro. Tenía gran afición a nadar, por lo que con el tiempo se mostró tan buen cazador como pescador.

Mi condición y todo lo relacionado con el presagio de la sacerdotisa había sido puesto en conocimiento de Irbeles de Edeta desde el primer momento. Aunque la noticia supuso una gran alegría para mis abuelos, decidieron no divulgarla por precaución. Mi reputación podía convertirme en una presa apetecible para cualquier enemigo que quisiera forzar un buen rescate.

A pesar de ello, las lenguas hablaban y los rumores se extendieron por la región como un susurro llegado de otros tiempos. Pronto, los edetanos supieron que uno de los suyos estaba destinado a ser importante.

\* \* \*

Todo cambió cuando cumplí dos años. Al fin, la guerra de Oriente nos afectó, aunque fuera de modo indirecto. El conflicto se había recrudecido; Cartago, que tanto alardeaba de su solvencia naval y militar, había encontrado en los romanos un enemigo más capaz de lo previsto. Roma demostró su poderío infligiendo varias derrotas dolorosas a los cartagineses. La primera tuvo lugar cuatro años antes: una flota de más de trescientos barcos, comandada por Marco Atilio, había dado buena cuenta de una cantidad mayor de naves púnicas. Para Cartago resultó el peor golpe posible, pues se tenían por los señores del mar.

Como otras veces en el pasado, los cartagineses volvieron sus ojos hacia Iberia para demandar mercenarios con los que cubrir las bajas.

Y así, un día llegó a Etemiltir una comitiva de reclutadores púnicos. Su portavoz, un tal Bodmelkart, era un oficial que había recorrido toda Edetania buscando a líderes locales que desearan unirse a su ejército.

–Allá a donde he ido me han hablado del buen juicio y el brazo armado de Icartas, señor de Etemiltir –lo alabó, con palabras pronunciadas en tono meloso.

El caso era que mi padre sí se había ganado el respeto de otros nobles de Edetania, a pesar del poco tiempo que llevaba en aquellas tierras. Bodmelkart le prometió una gran suma de oro y plata, a la vez que engordaba el orgullo que suponía luchar por su pueblo, grande entre los grandes.

–Cuando Cartago venza, será generosa con quienes la hayan apoyado –aseguró, tratando de sonar magnánimo–. La gloria recibida perdurará en tu familia durante generaciones sin fin.

Mi padre no deseaba presentarse, sobre todo porque dudaba de las palabras de Bodmelkart. Eran demasiado dulces y aduladoras. La doble moral de los cartagineses y los griegos hacia los mercenarios era antológica: los trataban con esmero durante las contrataciones, pero en la batalla todo cambiaba. Entonces se convertían en tropas prescindibles, los primeros en marchar y morir para así salvaguardar en lo posible a los soldados cartagineses. Y no dudaban en abandonarlos a su suerte si la situación lo requería. Sin embargo, a la hora de reclamar la victoria, jamás eran tenidos en cuenta. Como solía decirse, «los mercenarios ganaban las guerras; los cartagineses, el honor».

Pero el orgullo le obligaba a aceptar la oferta. Los púnicos conocían bien el carácter íbero, y por eso nos buscaban antes que a otros pueblos. A los libios y númeridas se los ganaba con oro, vino y mujeres; a los íberos con menciones al honor. Rechazar aquella propuesta supondría para mi padre mostrar mie-

do ante otros nobles edetanos, lo cual en su caso era si cabe más impensable. La nobleza de un íbero se defiende en las batallas. No basta con heredar un linaje, hay que fortalecerlo como guerrero, y el padre del Elegido debía dar más ejemplo que nadie.

Aunque Icortas había participado en varias batallas durante su juventud en Saití, sólo fueron combates campales para evitar pillajes o duelos masivos de honor para reconciliar agravios territoriales. La guerra entre Roma y Cartago era mucho más, así como lo sería la recompensa. Le proporcionaría un prestigio sin igual, lo que le permitiría no verse obligado nunca más a participar en un conflicto semejante. Pero existía otro motivo, que sólo tiempo después me confesaría: aprender tácticas avanzadas para poder transmitírmelas a su regreso.

–Lucharé por Cartago, Bodmelkart, pero ante todo por la gloria de mi pueblo –confirmó Icortas.

Reunió a un buen grupo de aguerridos edetanos de la región para que lo acompañaran. Para esos hombres fue un orgullo que un señor como mi padre les ofreciera servirle en la guerra. Excepto los que habitaban en Etemiltir, el resto no le rendían clientela. Y aun así lo admiraban por su templanza. Aquello, junto a la perspectiva de un buen botín, bastó como aliciente.

Se presentaron cincuenta. No todos marchaban bien equipados, pues algunos eran de linaje humilde y no podían permitirse una panoplia como la de mi padre. Sin embargo, no había quien no tuviera espada, escudo y lanza. Aquellas armas solían ser herencias que habían pasado de una generación a otra dentro de una misma familia: pertrechos viejos, marcados y oxidados por centenares de batallas ya olvidadas, pero que cumplirían su tarea gracias a brazos fuertes y voluntades apasionadas.

\* \* \*

Sólo tengo imágenes borrosas del día en que mi padre partió de Etemiltir, pero gracias a las descripciones de mi madre he formado un recuerdo onírico de aquel momento: I cortas, en su madurez más vital, vestía una túnica corta de lana ribeteada. Se cubría el pecho con una malla tejida sobre la que cruzaban un par de tirantes; dos petos circulares de cuero protegían el tórax y la espalda, sujetos con unas bandas acolchadas por el hombro y por debajo de las axilas; en una fina placa de bronce había mandado cincelar el símbolo de mi familia, el lince. Si en su día protegió al hijo, quizá también cuidara del padre. El casco de cuero que le arropaba la cabeza tenía una larga y magnífica crin. De su hombro colgaba un pequeño escudo redondo, la caetra, y del cinto la temible falcata, el arma más preciada de un íbero.

Fabricada individualmente para cada guerrero, valía tanto para dar tajos por la parte inferior como para apuñalar; era una espada sublime, de elegante pero recia hoja curva. En la diestra, mi padre sujetaba su lanza larga; y en la espalda, la jabalina de madera, junto a la soliferrea, el venablo arrojadizo de hierro. Ésta última era un signo más de distinción, pues era un arma cara de producir.

Lo que sí tengo grabado a fuego es el momento de la despedida en el embarcadero del río. Nada concreto, en realidad, sólo la calidez de su abrazo y el olor que desprendía. Durante cinco años me aferré a esas sensaciones.

Su aspecto físico lo olvidé poco después.

## Capítulo 3

Mientras mi padre combatía, la vida en Etemiltir sufrió algunos cambios. Argitiker tuvo que multiplicarse para controlar el trabajo de los siervos, aunque el resto de tareas recayó sobre mi madre. A pesar de su juventud, demostró ser muy capaz para llevar tales responsabilidades. Mi abuelo nos envió nuevos hombres para suplir a los que habían marchado con Icortas, y nos visitó con más asiduidad. Supongo que, en parte, trataba de llenar el hueco que mi padre había dejado.

Poco y mucho podría decir de él. Poco, porque apenas conocí a Irbeles, rey de Edeta; pero mucho, porque aquel que me fue cercano era Irbeles, mi abuelo. Cuando nos visitaba, nadie hubiera dicho que se trataba de la primera persona en importancia de la región. Su carácter bonachón me arrancaba gratas risas que, por momentos, me hacían olvidar la añoranza por mi padre. Recuerdo que me dejaba montar sobre su espalda. ¡Yo, jinete del gran señor de Edeta! Su aspecto lo delataba como progenitor de Aretaunin: perfil fino pero duro, nariz aquilina y mentón redondeado, ensombrecido por una barba no demasiado generosa. Su pose, excepto cuando jugaba conmigo, era gallarda. Por desgracia para mí, Irbeles era un hombre con grandes responsabilidades, así que sus estancias en Etemiltir no eran tan pródigas como ambos deseábamos.

Mi abuela, en cambio, demoraba más sus permanencias en la finca. La dama Nisunin era sobria en el trato con quienes no eran de su familia, pero con aquellos que portaban su sangre mostraba un cariño enternecedor. Tuvo una salud delicada,

pues el parto que trajo al mundo a Edecón la dejó débil. Aun así, mostraba una dureza apropiada a su rango; jamás aceptaba consuelo o lástima en las miradas ajenas.

Exceptuando las visitas de mis abuelos, y la presencia siempre fiel de Carbón, aquéllos fueron días apagados. La separación de mi padre había supuesto un duro golpe a mi infancia. Sencillamente, sentía que me faltaba una parte. En compensación, mi madre me dejaba dormir con ella por las noches y me cantaba canciones al oído sobre bravos guerreros que siempre llevaban el mismo nombre: Icortas.

¿Qué fue lo que vivió mi padre en la guerra? En tanto yo crecía, él libró muchas batallas en Sicilia. Comenzó acaudillando a sus cincuenta edetanos, pero en cada contienda demostró tal nobleza y fuerza que no tardó ni dos años en recibir el mando de todos los mercenarios llegados desde Iberia.

Sin embargo, la batalla que siempre me viene a la cabeza cuando pienso en sus años con los cartagineses es la última que libró en Sicilia. Me la narró tantas veces como se lo pedí, y fueron muchas.

Por aquella época estaban acampados en la ciudad de Drépano, cuyo puerto era uno de los puntos de abastecimiento más importantes para el ejército cartaginés. Libios, baleáricos, ligures, corsos y, por supuesto, íberos formaban la mayor parte de las tropas. E invisible a simple vista, pero presente en el ánimo de todos, se hallaba el enemigo: el cónsul romano Numeo Fabio Buteón estaba acantonado en un templo heleno dedicado a Afrodita, situado en la ladera del monte Erice. No podía negarse lo estratégico del enclave, pues les permitía mantener cerrados los caminos por tierra que llegaban a la urbe y evitaba la libre circulación de los púnicos.

Poco se imaginaba mi padre que las cosas estaban a punto de cambiar por completo, al menos para él. La guerra llevaba mucho tiempo enquistada. Los púnicos habían tenido a Roma contra las cuerdas en varias ocasiones, pero la famosa

racanería del senado impidió una y otra vez tomar una ventaja definitiva. Se desaprovecharon las victorias conseguidas por buenos generales como Himilcón, Adérbal o el espartano Jantipo, quien huyó ante la amenaza del asesinato cuando demandó el sueldo que bien se había ganado.

Era el turno de Amílcar Barca. El gran Estratega de Cartago, cansado de las razias a las costas romanas, dispuso un plan tan osado como la fama que le precedía. La batalla de Erice comenzó cuando un buen grupo de infantería ligera desembarcó en la costa, al norte del cerro ocupado por las tropas consulares de Fabio Buteón, posicionadas en la falda occidental. Las nieblas matutinas debían mantener oculto al destacamento, y así podría tomar por sorpresa a los romanos por su flanco desprotegido. Para cuando detectaran que se acercaban, no tendrían tiempo de organizarse. «Los aplastaremos cuando salgan sin ton ni son a combatirnos», había asegurado Amílcar.

Al frente marchaba mi padre junto con sus íberos. A trote ligero, se acercaron al monte. Incluso envolvieron sus pertrechos con estopa para que las armas y armaduras no tintinearán y los delataran.

Ahora bien, todas sus esperanzas se desvanecieron en cuanto subieron un repecho, tras cubrir la mitad del trecho que los separaba del campamento principal: un ejército romano, perfectamente ordenado en una formación de línea triple, los esperaba. Tal vez no era muy numeroso, pero estaba dispuesto a la batalla: los *hastati* al frente con sus jabalinas, seguidos de los *princeps* lanceros. Más allá pudo discernir la reserva compuesta por los veteranos triaros.

Imagino que todos se hicieron la misma pregunta: ¿cómo habían logrado llegar a la zona y organizarse en tan poco tiempo? El misterio quedó al descubierto cuando advirtieron un campamento en la ladera oriental del Erice, que los exploradores libios no detectaron en su momento. Los romanos tenían un destacamento oculto, que había advertido a la partida invasora.

Antes de que los oficiales púnicos decidieran qué hacer, los latinos cargaron contra ellos. Algunos abogaron por huir, pero estaba claro que si les daban la espalda los atraparían como animales antes de que llegaran a la costa. Partió de mi padre la opción más sensata: luchar en formación compacta e ir retrocediendo poco a poco sin perder la cara a los atacantes. Y así lo hicieron: las tropas fueron reulando manteniéndose en todo momento unidos. Por supuesto, el ritmo de retirada era mucho menos acusado que el de sus enemigos, cada vez más próximos.

Un grito desde la retaguardia fue la señal para que los honderos baliarides descargaran una salva de proyectiles. Los pedruscos dañaron la primera fila de *hastati*, rompiendo escudos y destrozando cascos, pero eran muy numerosos para tan pocos baleadores. Cuando las balas dejaron de volar, los asteros romanos aceleraron la carrera hasta alcanzar distancia de tiro. Sus jabalinas cayeron como un aguacero letal. Al grito de «¡Caetras!», los íberos hincaron la rodilla en el suelo y se acurrucaron tras los escudos. Las pequeñas lanzas repiquetearon en las adargas circulares, causando unas cuantas bajas.

Los *hastati* siguieron avanzando, ya sin sus *pilum*. Habían desenfundado las espadas cortas, lo que anticipaba el combate cuerpo a cuerpo. El grupo de los púnicos envió las jabalinas a su encuentro, pero los *scutum* ofrecían mayor protección que las caetras, por lo que los latinos ni siquiera tuvieron que detener la marcha para escudarse.

Y entonces, cuando los asteros se disponían a contactar con los íberos como una ola embravecida, mi padre dio un fuerte grito. Sus hombres dejaron de retroceder para, de repente, abalanzarse hacia delante con las lanzas extendidas. Aquel cambio de ritmo tan violento tomó desprevenidas las primeras líneas enemigas. La acometida fue tan impetuosa que las puntas hendieron en los soldados posicionados en quincuncio, desbaratándolos por completo. La primera sangre fue, pues, romana.



Los íberos volvieron a retroceder mientras los *hastati* se recomponían. Eran conscientes de que aquélla era la única jugada que podía salvarles la vida. Pero el segundo encontronazo duró más, y las bajas se repartieron. Los asteros resistieron la carga con mayor eficacia, pues sabían a qué atenerse. Las acometidas se sucedieron en oleadas, entre las cuales incluso hubo momentos para buscar el aliento perdido. Ahora bien, en ese aspecto los romanos tenían ventaja. Su organización estaba tan afinada que las líneas se intercambiaban con fluidez, permitiendo que los hombres de delante fueran sustituidos por otros descansados. Resultó inevitable que las filas íberas acabaran por romperse ante la estabilidad latina.

Los mercenarios quedaron reducidos a grupos aislados. Mi padre, acompañado de sus soldados más allegados, se vio de pronto rodeado por los *hastati*. La vehemencia con la que solía describir aquel combate dejó en mí un poso imborrable. Lo imagino como un titán que de pronto se ve enfrentado a cinco romanos. Cargó con la caetra por delante para desestabilizar al que tenía más cerca, y luego le asestó un golpe con la falcata, ya que había perdido su lanza en uno de los embates anteriores. Encontró el cuello del astero, que estalló como el pellejo de un odre de vino. Movi6 de nuevo la mano defensiva, y se escuchó un crujido aterrador cuando el borde de la caetra le rompió la mandíbula al otro infeliz que se había abalanzado sobre él.

El trío restante dudó. Supongo que eran conscientes de que no estaban ante un bárbaro que luchaba como un loco. Aun así, la disciplina con la que habían sido adiestrados fue mayor que cualquier temor. Mi padre contuvo al que llegaba por el costado que el escudo protegía, al mismo tiempo que atendía al otro con la espada. Un cuerpo cayó entonces cerca de la refriega, provocando que uno de los atacantes de Icortas tropezara. Fue la oportunidad para que le clavara la hoja a la altura del pecho. Siempre que mi padre me narraba la historia

decía lo mismo: «Sentí cómo el hierro abría la armadura de mi rival, y luego su carne, con tanta nitidez como se percibe el viento invernal en la cara».

No fue lo único que notó, aunque el corte en el muslo apenas fue un latigazo al principio. La excitación del momento compensó lo que habría sido en otras circunstancias un instante de debilidad y lo convirtió en un acceso de furia. Se dejó caer con la cabeza por delante, tomando por sorpresa a los romanos. De un solo tajo, les cercenó a ambos un pie a la altura de sus tobillos. Acabó con ellos mientras se retorcían de dolor en el barro.

Pero, cuando trató de levantarse, la herida le arrebató la posibilidad de reaccionar con la rapidez necesaria. Se vio a merced de otro *hastati*, cuya espada ya partía en busca de su cabeza. Milagrosa, una falcata apareció como por obra de los Antepasados y rebanó el brazo agresor. El bramido de Biulakos se alzó por encima del fragor: «¡Por Edetania! ¡Por Icortas!». Y así, los últimos edetanos rodearon a su líder, protectores, dispuestos a morir junto a él. Seis guerreros, de los cincuenta que había logrado reunir en Etemiltir.

Mis propias experiencias me unen con las que vivió mi padre. Yo también he sentido el ardor que, ante tanta lealtad, estoy seguro le inflamó el pecho aquel día. Casi nada en este mundo puede compararse con la resolución marcada en los hombres que te son fieles ante la muerte. Sólo un guerrero puede entender la fuerza que le otorga a tu alma, e incluso a tu cuerpo magullado, como debió sentirlo mi padre. Se apoyó en la falcata hasta que, poco a poco, logró ponerse en pie para enfrentar erguido el destino inapelable.

Sin embargo, los vientos de la fortuna cambiaron inesperadamente. Desde la retaguardia llegó una algarabía de gritos, seguido de un vendaval de jabalinas y balas que obligaron a los romanos a replegarse. Aunque con retraso, la falange libia acudía en ayuda de los suyos.

Ése fue el final de la batalla. Los *princeps*, que debían haber relevado a los *hastati* atacados, mantuvieron las posiciones y no se acercaron más. Mi padre siempre creyó que los dejaron retirarse para enviar un mensaje a Amílcar. Un mensaje que decía con toda claridad que, por muchas estrategias que inventara, jamás lograría derrotarlos. Como suele ocurrir, el tiempo otorgaría o arrebataría la razón.

Mientras retrocedían, Icortas ordenó que se recogiera a los caídos, sobre todo a los edetanos de su círculo más cercano. Él mismo necesitó ayuda para caminar, a pesar de sus quejas. Cuando Biulakos se ofreció, mi padre advirtió que había dejado caer la caetra para cubrirse con la mano una herida en el costado. «No es nada, mi señor. Un simple rasguño», le aseguró.

Ni siquiera pudo llegar a la costa con vida.